

los más altos ramos de la higuera, y miéntras que tan preciosos animales salen á buscar el alimento de sus hijuelos, ó el material para la construcción de sus nidos, permanece uno de ellos al cuidado de sus flotantes habitaciones. El papan comun (*Psilorhinus Morio*), de un solo color, se ve por todas partes, huyendo precipitado ante la presencia del viajero, así como los pericos y cotorras, aturdiendo todos con sus agudos gritos.

Antes de llegar al Pital, congregacion distante de la anterior 20 kilómetros, se atraviesan unas pequeñas praderas, entre cuyo pequeño pasto crece la preciosa sensitiva.

La vegetacion que circunda estas *sabanas*, cambia del todo, y cualquiera creeria hallarse en los campos de las altas mesas. Los encinos y *ueros*, árboles poco crecidos que dan sus frutos parecidos á pequeñas aceitunas, son los únicos que allí se conocen, cargados en su mayor parte del fibroso heno y de otras muchas plantas parásitas. Esta extraña vegetacion, en medio de una zona verdaderamente tropical, admira y no se acierta en la causa que motive tan repentina mudanza: tal vez influya en ello la naturaleza del terreno algo ferruginoso. En estas *sabanas* se ven pacer multitud de ganados.

El Pital cuenta hoy con 700 habitantes y se halla situado á la márgen izquierda del rio,

formando sus casas una sola y prolongada calle.

Digno de admiracion es el corpulento y frondoso árbol, conocido allí con el muy original nombre de *raspa-sombrero*, y el cual se encuentra en el centro de la calle mencionada. Tan cargado de flores se halla ese árbol, flores que se parecen á la de los corpulentos laureles, que se duda mucho de que sea mayor el número de sus hojas. Este árbol sirve al mismo tiempo de campanario, pues de sus nudosos brazos y entre su tupido follaje, se ven pendientes dos ó tres campanas que aumentan el encanto de tan precioso vegetal.

COLONIA DE JICALTEPEC.

A 7 kilómetros del Pital, por un terreno feracísimo, se llega á la colonia francesa de Jicaltepec, dividida por el rio de Bobos, ó sea ya rio de Nautla, quedando la parte principal de la poblacion á la márgen derecha y extendiéndose por la izquierda, en una distancia de 17 kilómetros, multitud de ranchos poblados por mexicanos y franceses. Esta colonia, que pertenece al canton

de Misantla, contará con unos mil habitantes, trescientos de los cuales son de origen frances. Se halla situada á los 20° 10' 19" 33 de L. N. y 2° 16' 11" 1 de longitud E. de México.

Por apuntes manuscritos que poseo del Sr. D. E. B. de Boguslawski, me encuentro felizmente en aptitud de poder dar algunos detalles históricos acerca de la colonia de Jicaltepec, única que entre nosotros ha podido establecerse, á pesar de los obstáculos que tales empresas tienen que vencer en sus principios.

El año de 1832 D. Estéban Guenot compró á D. Gregorio Montoya por la suma de 850 peses, doce leguas cuadradas, poco más ó menos de terreno, situado á la orilla derecha del Nautla y separado del mar por tierras de la propiedad de otro frances, el Dr. Chavert.

Por iniciativa del Sr. Guenot formóse en Francia, el siguiente año. La compañía de Colonización franco-mexicana de Dijon, emitiendo esta 224 acciones, mitad en favor del Sr. Guenot, director de la empresa, y mitad para su venta á razon de 1,000 francos la accion, pagando además la sociedad al propio Sr. Guenot la suma de 434,000 francos por los gastos de viaje.

La primera expedicion, compuesta de 100 colonos, cruzó los mares con direccion á Jicaltepec en Setiembre de 1834, á la que siguió la segunda

formada de 112 individuos, en Abril de 1835. Habíaseles impuesto á los colonos ciertas obligaciones que no podian ménos que refluir en su propio perjuicio y en el del establecimiento y subsistencia de la colonia. Obligábase á los de la primera expedicion á trabajar en beneficio de la sociedad, retribuyéndose sus trabajos con el salario de 800 pesos anuales y con una corta extension de terreno á los nueve años.—Fundada bajo tales bases la formacion de la colonia, desde luego existia en ella un principio antieconómico, no solo para su prosperidad sino aun para su estabilidad. Advertida la sociedad de Dijon de ese error, modificó sus condiciones á los colonos de la segunda expedicion, segun las cuales aquellos eran libres en sus trabajos, pero se les imponia el deber de ceder la tercera parte de sus productos.—Como se ve, las nuevas estipulaciones en nada mejoraban la situacion de los colonos, los cuales al fin tuvieron que decidirse á la rescision, de hecho, del contrato, reuniéndose en junta y decretando el desconocimiento de M. Guenot, como director de la colonia. Esto acontecia en Febrero de 1836.

Teniendo oportuna noticia de este hecho M. Guenot, abandonó la direccion á su hermano D. Justino, quien, por las circunstancias, tuvo que proseguir el mismo régimen de conducta que

su antecesor, quedando por consiguiente la colonia sometida al propio orden de cosas. Existiendo las mismas causas, forzoso era que se siguieran idénticos efectos, esto es, el desconocimiento de los colonos á toda autoridad colonial, resolviéndose á trabajar por su propia cuenta, y á depositar, bajo inventario, en la casa de la direccion, las herramientas y útiles de la sociedad, todo lo cual fué destruido en un incendio que poco tiempo despues acaeció.

A la imprevision de las compañías que se formaron en Francia debe atribuirse principalmente los males que se siguieron al establecimiento de la colonia; en primer lugar por el pésimo sistema de colonizacion adoptado, y en segundo, por la falta de tacto en la eleccion de los colonos, puesto que la mayor parte de los que vinieron nunca fueron agricultores, y por consiguiente no podian, en la region de que tratamos, acostumbrarse á los rudos trabajos del campo bajo la influencia de un clima, para ellos, abrasador.

Establecióse en Paris, despues del acontecimiento que he referido (en 1839), una nueva sociedad que organizó otra expedicion para Jicaltepec, la cual llegó á su destino en 1840. A la llegada de estos nuevos pobladores apenas existian en la colonia diez familias que habian podido mantenerse y aun adquirir una modesta fortuna,

La disolucion de esta última compañía dió por resultado la decision de los colonos para trabajar cada cual cómo y mejor pudiese. Desde entónces subsiste la colonia, aunque no en el estado floreciente que era de esperarse.

Los colonos, en su mayor parte, no trabajan en terreno propio, sino en el de la comunidad, y esta circunstancia engendra naturalmente la decadencia en lugar de la prosperidad. El colono trabaja con asiduidad, y adelanta en tanto que se halla en aptitud de procurarse un porvenir para él y su familia. El Sr. Martínez de la Torre ha procurádoles un bien, cediendo á unos y vendiendo á otros, á bajo precio y plazo largo, los terrenos que de su propiedad han deseado aquellos adquirir á la orilla izquierda del Nautla.

Otra circunstancia muy digna de observacion ha influido en la decadencia de la colonia. Aunque Jicaltepec goza de un clima sano y no tan ardiente como otros lugares de la costa, desarrollóse allí en 1861 la terrible enfermedad del vómito, que causó la muerte á trescientos colonos, todos de la margen derecha del rio y ni uno solo de la izquierda. Esta circunstancia, que únicamente puede explicarse por la diferencia en las condiciones climatológicas y por la elevacion y sequedad del terreno, no puede admitirse aquí como causa de aquel efecto, puesto que tales condiciones son en am-

bas partes las mismas. No sé, por tanto, á qué atribuir aquel fenómeno.

La temperatura de Jicaltepec hace elevar la columna mercurial:

A las seis de la mañana á 24° C.

A las doce de la mañana á 28°

A la una de la tarde á . . . 29°

A las tres de la tarde á . . . 29½°

A las seis de la tarde á . . . 24°

La temperatura aquí indicada no es, ni con mucho, semejante á la que el termómetro expresa en Paso de Novillos, lugar mas retirado que el anterior, de la costa. Los vientos que soplan de las montañas y la brisa del mar refrescan el ambiente, dando salubridad á un lugar, que por su situacion próxima á la costa del golfo, debería ser extremadamente malsano. El vómito no es aquí endémico como en Veracruz, y las demás enfermedades son más benignas, á pesar de existir aún montes cercanos que, al ser destruidos, aumentarán sin duda alguna la salubridad.

Tampoco existen en Jicaltepec, y aun en toda la zona que se ha descrito, la cantidad de insectos y reptiles venenosos que atormentan á los habitantes de otras regiones cálidas. Aquí los moscos y el pinolillo, que sufre algunas trasfor-

maciones, son los animales que causan algunas molestias. El pinolillo, insecto imperceptible que se adhiere á las ramas y hojas de los árboles en número prodigioso, se derrama en el cuerpo humano produciendo una fuerte irritacion, cuando por descuido se sacude una rama sobre el transeunte. *El pinolillo* se trasforma en *coloradilla*, insecto rojo de mayor volúmen; de *coloradilla* pasa á *conchuda*, y este insecto, de mayores dimensiones, se convierte en *garrapata*. De la garrapata nace de nuevo el pinolillo, y así sucesivamente.

Elevada sobre un ribazo del rio de Nautla, la mayor parte de la Colonia de Jicaltepec, preséntase, desde la opuesta orilla, en poética y pintoresca posicion con sus boscosas colinas y montañas en el fondo, y sus hileras de frondosos mangos y árboles corpulentos bordando las riberas. Las bellezas del paisaje que se aprecian en conjunto á la clara luz del dia, se tornan en mágicos efectos en tanto que reina la oscuridad de la noche. Los diamantes de la vegetacion, los fosforescentes *cocuyos*, cubren á millares el tupido y agitado follaje de los mangos, á cuyo movimiento, impelido por la brisa, despiden aquellos en todas direcciones sus blandos é intermitentes destellos.

Abatida la temperatura por la llegada del los

á su ocaso, y modificada por las brisas del mar, se goza de un ambiente fresco y delicioso durante las noches y aun en las últimas horas de la tarde. Nadie sino el que haya tenido ocasion de experimentar, en las zonas cálidas, la transición de los fuertes calores del medio día al temperamento tibio y agradable de las noches, puede comprender esos goces.

* *

ALGO SOBRE COSTUMBRES.

UN BAILE DE TARIMA.

Mi permanencia en Jicaltepec me dió á conocer una costumbre muy generalizada en las costas de Veracruz, tal como la de los *bailes de tarima*. Hallábame una tarde á las orillas del Nautla, gozando de una refrescante brisa y contemplando los efectos de los rayos del sol ya próximo al ocaso, cuando algunas detonaciones fuertes y lejanas llamaron mi atención. Me apresuré á investigar la causa y se me dijo que eran producidas

por los cohetes que se encendian como otras tantas invitaciones al pueblo y anuncios de un baile que debia efectuarse aquella misma noche. A poco, otras detonaciones siguieron á las primeras, con objeto de precisar el lugar de la reunion, informándoseme, además, de que, si al referido baile concurría, en virtud de tan extraña invitacion, y era solicitado por alguna dama para tomar parte en él, no me rehusase á complacerla, por cuanto á que tal conducta era considerada por toda aquella gente como despreciativa.

A pesar de estos informes, y á riesgo de verme obligado á dar, con los tacones de los zapatos, fuertes redobles á la *tarima*, pues de todo es capaz el hombre decidido, me dirigí, en union de mis compañeros de viaje, al lugar de la fiesta.

En una de las calles céntricas de la poblacion y hácia el medio de ella, se habia colocado una *tarima* cuadrada, poco elevada del suelo, y que tendria aproximadamente ocho metros por lado. Este improvisado salon de baile, cuyo techo era la celeste bóveda y sus paredes el espacio, se hallaba iluminado por la escasa luz de un farol que pendía del cerramiento de una puerta. En torno de la tarima se habia formado el estrado, ocupado ya por los invitados que ántes que nosotros habian llegado.